

el mismo triunfo de un estupendo barrista mientras que la bicicleta iba a parar, dando tumbos, a la ciénaga de un charco.

La segunda sesión fué mucho más rica en incidentes pintorescos y, desde luego, mucho más fructífera, sacando provechosas enseñanzas para el futuro. Esta vez, apenas puestos los pies sobre los pedales, pude descubrir su aviesa intención de aproximarse a los árboles, a las paredes de los huertos, incluso a los peatones. De salida, emprendió una veloz carrera a favor de una pequeña cuesta abajo, —nunca cuesta arriba—, y me llevó, quieras que no, a las proximidades de un guardacantón, en donde se refregó el pedal derecho con tal saña que salió desarbolado y de paso me arrancó toda la vira del zapato. Dudo que ningún ciclista, por bueno que fuese, aguantara estoicamente el equilibrio con esta brutal sacudida, y por eso yo di con mis costillas en tierra.

Era bonito eso de ir con los pies unos centímetros por encima del suelo, con una marcha muy decente y sin gastar nada. Hasta para no tener preocupaciones, ni siquiera era mía la máquina, así que mientras quedara un tornillo en el cuadro podía seguir adelante.

Volví a montar de nuevo, y ahora pude comprobar mi extraordinaria pericia, porque sin exageraros absolutamente nada puedo declarar que anduve cerca de un kilómetro sin ningún incidente. Me chocaba, no obstante, que los escasos peatones que alcanzaba en mi contraria dirección, cambiasen su línea de marcha para guarecerse detrás de cualquiera árbol. No cabe duda, pensaba yo, que esta endiablada carretera tiene alguna misteriosa atracción sobre sus árboles, guardacantones y demás obstáculos dispuestos para estrellar al primer pasajero. En estas reflexiones estaba cuando, yéndome la dirección, me despisté de la carretera y fui a caer de bruces contra la pared de un cercado. Me pareció que había estallado una de mis clavículas y salí con la cara y las manos arañadas y por añadidura con una pierna renqueando.

En cuanto a la máquina, había perdido el freno, se había desinflado la rueda trasera y el manillar se había torcido de tal suerte que para caminar por el centro tenía necesidad de apuntar a la cuneta izquierda, lo cual me originaba tal lío que cuando yo quería virar en este sentido tenía que apearme y resolver con un lápiz los conflictos que me planteaba la dirección. Resolví, pues, volver inmediatamente a casa, antes de que perdiera totalmente la razón y entrase triunfalmente en cualquiera pueblo menos en el mío.

Una última reflexión me conducía al convencimiento que yo no debía de carecer de especiales condiciones para convertirme en un excelente ciclista. Me acordaba del sanguinario aforismo: «la letra con sangre entra», y esto justificaba todas las incidencias de la tarde. Hasta me consideraba capaz de dar la vuelta al país vasco.

Pero también comprendí que si el fabricante me llega a ver en la situación en la que yo entré en el pueblo, me dice alguna cosa fea. Y en su nombre me la dijo luego el dueño de la bicicleta.

MARIANO E. CARDENAL

ELEGIA A

ANTONIO MACHADO

Soria, la pura y becqueriana,
y la Sevilla de las sales béticas,
en tu alma, enteriza y celtibérica,
mezclaron sus perfumes.

Hoy te lloran, Antonio,
los gráciles álamos del Duero,
la humilde flor de aciano,
el hombre torvo del alto llano numantino,
los pardos encinares velazqueños,
el taurín, el logrero y el pelaire
de la España trabucaire y pícara,
y el hombre ibero
tallado en dura roca berroqueña
que desafía al Dios de las tormentas
cuando el granizo arrasa sus cosechas.

Erguido como un hito penibético
resaltas en la hispana geografía
no mudo y yerto,
no inerte y sin progeñe
lírlica. Tu pulso, Antonio,
fluye vivaz y permanente
en esta España, ascensional y entera,

transída de nostalgias imperiales,
vivero inextinguible de heroídas.

NOCHE

Silencio
inapelable
de la alta noche
ebria de estrellas
y de constelaciones,
(Sirio, las dos Osas
y, en las antípodas,
la Cruz del Sur).

Latir cósmico
de la vida.
Presencias telúricas
de épocas primigenias
(neolíticas,

paleozoicas).

Insondable y eterna,
entre los mundos,
la voz inaudible
de Dios, sobre las cosas.

ALBA

Relente genesiaco
en el alba del día.
Un infusorio, un ala,
una brizna de hierba,
y hondo, inconsolable,
el sollozo de un niño
inerte ante la vida.

POMPRYO CRUZ



LA SUBASTA DE LA ROSA

(CUENTO)

Por JOSÉ FELIX NAVARRO MARTÍN

LA tarde era asfixiante. El sol, de fuego, arrancaba de las calles casi desiertas un vaho irrespirable. Los pocos transeúntes trataban de guarecerse en los breves espacios de sombra de las aceras. Sólo las terrazas de algunos casinos y cafés, con sus toldos tendidos, albergaban las mesas que empezaban a llenarse de gentes, ansiosas de bebidas frescas y un poco de aire.

El tranvía de la barriada del Cerro, renqueante, cargado como siempre de una inverosímil masa de público, chirrió desagradablemente al tomar la curva que termina en la parada de la Lonja.

Tomás Rovayo, sofocado, con el cuello de la camisa entreabierto y el nudo de la corbata flojo, descendió, sin apenas tocar el estribo ardiente del tranvía. Con pasos rápidos se encaminó a la Plaza Nueva. Casi continuamente limpiaba el sudor que brotaba sin cesar de su rostro congestionado. En la esquina de la Telefónica, miró el reloj del Ayuntamiento que, en aquellos instantes, como en gigante bostezo, dejó sonar seis campanadas lentas y lejanas. Comprobó su reloj de pulsera, y ya más despacio, se dirigió a la calle Granada, atravesando el andén de las Casas Consistoriales. Torció después a la izquierda y entró en la calle Sierpes. Los tradicionales toldos tendidos en la parte alta de los edificios, de uno a otro lado de la calle sevillana, lejos de refrescar su ambiente parecían haberla convertido en un horno.

Tomás, desesperado, mientras con la mano izquierda trataba de ahuecar el cuello de la camisa, y separarlo del propio hasta el máximo compatible con una mínima presentación, con la derecha, provista del pañuelo, ya húmedo de sudor, se abanicaba inútilmente.

Al fin decidió sentarse. Encontró una mesa vacía en un pequeño bar, en la esquina de Jovellanos, y, poco después, bebía a sorbos un café caliente: su panacea infalible contra el calor o contra el frío.

De vez en cuando, entre el murmullo de la calle, una voz de muchacha, casi de niña, pregonaba su fragante mercancía:

— ¡Jazmines, jazmines!...

Tomás Rovayo meditaba. Con su traje negro, las facciones angulosas, magro de carnes, aparentaba más edad de los treinta y dos años recién cumplidos.

En aquellos momentos pensaba en la visita que haría minutos